

>

D

O

S

S

I

E

R

1883: LAS NOVELAS DE JOAQUÍN COSTA

AGUSTÍN SÁNCHEZ VIDAL
CATEDRÁTICO EMÉRITO
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Una de las ausencias que ha podido detectarse en la celebración del centenario costista es la de sus proyectos narrativos. No resulta fácil de cubrir, dados su alcance, la envergadura y el enorme trabajo que supone su reconstrucción. Pero sin esas piezas quedará mutilado el complejo rompecabezas de su autor, donde funciona como santuario íntimo, atalaya, distribuidor de claves y tensiones.

Ya dejó escrito George Cheyne que constituyen una “lectura obligada para quien quiera entender la formación y desarrollo intelectual de Costa”; también, su “testamento político, en el que ofrecería el resultado de sus vastas lecturas, de su propia experiencia y de sus largas reflexiones sobre la nación española”; y el retrato, en fin, del “hombre total, verdadero, que quedaba escondido en su otra obra multifacética”.

Tales proyectos narrativos distan de ser una pintoresca nota marginal o a pie de página. Son medulares, irradian otra perspectiva sobre el conjunto de su obra. Pues se trata de un empeño de larga andadura, que Costa inicia en 1870, a los veinticuatro años de edad, y le acompaña durante las siguientes cuatro décadas. Solo se extingue con su muerte, por lo que termina adquiriendo el carácter de auténtica encomienda, en la que cifra las esperanzas de divulgar su pensamiento desde la experiencia que le otorga la última vuelta del camino.

El problema es que solo se publicó algún pequeño fragmento de ese vasto proyecto. El resto nos ha llegado en forma de notas o esbozos. Y esto obliga a una laboriosa reconstrucción, que solo puede abordarse con un exhaustivo conocimiento del resto

de la obra costista y del marco histórico, cultural y literario del momento.

La gran ventaja es que a su través el autor se manifiesta de modo muy directo y desinhibido, con mayor claridad que en sus estudios de carácter erudito u otras intervenciones públicas. Porque son notas tomadas para el propio uso, y a través de estos escritos asoman fantasías y frustraciones, los anhelos más profundos.

Su primer intento novelístico, *El siglo XXI*, urdido entre 1870 y 1871, es lo que él llama una *novela científica*, y hoy denominaríamos de *anticipación*. El modelo de Julio Verne, para entendernos. La acción transcurre en el año 2075, en una España diseñada según sus utopías hidráulicas, cuando la ciudad de Madrid está comunicada con Lisboa mediante el río Tajo convertido en canal navegable, cuya vocación iberista no es necesario subrayar.

El segundo, mucho más ambicioso, se desarrolla entre 1872 y 1875, y su formato es el de la novela histórica. No solo el medievalizante de Walter Scott, sino también el que se hace cargo de la historia reciente. Costa lo denomina *Novelas Nacionales*, anticipándose a los *Episodios* de Galdós y proponiendo un gran fresco que cubre toda la andadura española. Esto supone arrancar con los orígenes míticos de Gargoris y Habidis y proseguir con la Hispania romana, el Cid, los almogávares y el siglo XVI (Comuneros, Cisneros, Descubrimiento de América). Hasta rematar en el XIX, con la Revolución desarrollada entre 1812 y 1823.

En 1875 este último tramo se desgaja por evolución natural hasta convertirse en

algo distinto, *Justo de Valdediós*. El detonante es la Restauración de la monarquía en la persona de Alfonso XII. La indignación y la urgencia que experimenta Costa le llevan a aparcarse el conjunto de las *Novelas Nacionales* para desarrollar su último ciclo, el liberal, en el que trabajará con gran entrega durante ocho años. No llega a publicarlo, ni siquiera a concluirlo, por lo que la monografía que le dediqué en 1981 no es una edición del mismo, sino más bien el estudio a partir de los materiales conservados.

El personaje que da título a la obra, Justo de Valdediós, es la personificación de la Revolución española, que a Costa le parece preferible a la francesa, por ser más democrática y no basarse en el despotismo. De ahí su reivindicación de la palabra *liberal* por dicho protagonista, quien participa en la independencia de Estados Unidos como discípulo de George Washington, en la Revolución francesa como víctima, y en la hispana como maestro. Legado que se hace extensivo a las repúblicas iberoamericanas a través de un discípulo desplazado hasta allí para luchar contra el yugo de la monarquía borbónica.

Justo de Valdediós languidece hacia 1883. Pero su autor retoma estos proyectos narrativos en los últimos años de su retiro en Graus, resignado ya a que nada de lo que propone se realice en vida suya. Entonces es cuando se refugia en lo que denomina *una patria de tinta*. Es decir, la recreación de la actividad política a través de estas ficciones, que adquieren una carga utópica añadida.

Así surge hacia 1905 *Justo Soter* (*Soter* quiere decir *Salvador*, en griego), síntesis, prolongación y reformulación más designada de la obra anterior. Supone, en cierto modo, el injerto de los dos formatos precedentes, la *novela científica* y la *novela nacional*. El resultado es una moderada anticipación, ya que su trama se sitúa en el

primer cuarto del siglo XX, casi coincidiendo con lo que sería una dictadura real, la de Miguel Primo de Rivera.

El protagonista, Justo Soter, viene a ser la encarnación ejecutiva y tajante de su “citurjano de hierro”, por lo que disuelve el parlamento para dar paso a una Segunda República, seguida de una Segunda Restauración. Compañero escolar del nieto de Gabriel Araceli, personaje conductor de los *Episodios Nacionales* de Galdós, su perfil responde al de un científico humanista. Es discípulo de Giner de los Ríos y de Cajal, a cuya zaga funda un centro experimental de neurofisiología. También encarrila a uno de sus alumnos hacia la energía atómica. Entre los apuntes de Costa hay bastante material sobre la radioactividad, que –según percibe claramente– está llamada a cambiar la historia de la humanidad.

En lo político, se profetizan la extinción de las monarquías y unos Estados Unidos de Europa. Y en lo científico y social se anticipan grandes avances en el conocimiento del cerebro y una especie de televisión cultural. Aunque él no utiliza esa palabra, sino “telefoto”. Mediante ella se crearán cátedras y teatros divulgativos por todas las naciones.

Pero también *Soter* se le escapa de las manos. Y cuando ni siquiera se siente con fuerzas para sacar adelante este proyecto, limita aún más sus ambiciones, y escribe *Último día del paganismo*. Por más que la acción se centre en el siglo V después de Cristo –en el tránsito del paganismo al cristianismo–, a su trasluz se dibuja una inequívoca alegoría sobre la farsa política de la Restauración alfonsina y el tinglado canovista. Fue el único de sus proyectos narrativos que vio la luz, en 1917, póstumo por tanto, editado por su hermano Tomás Costa. Sin embargo, no es el que mejor representa este amplio conjunto de ficciones, que dista de basarse en supuestos arqueológicos o meramente historicistas.